iba bien, los salarios aumentaban, y el padre pudo dejar su sombría morada y tomar las dos lindas piezas del piso principal. Pero tres hijos nacieron sucesivamente; fué preciso hacer frente á estos nuevos gastos; el primer piso se cambió por el segundo: el trabajo no iba tan bien: de cuando en cuando algunos dias sin trabajo venian á aumentar la dificultad, y para colmo de todo vinieron dos hijos mas: fué preciso retirarse á la guardilla.

Hacia algunos años que la madre habia renunciado al paseo del domingo; pues los chiquillos la daban bastante que hacer. El padre, cuyos vestidos ya eran poco curiosos, renunció á su vez á respirar el aire de los campos; todo el tiempo era poco para ganar la subsistencia de su familia, y su muger tenia bastante que hacer con cuidar los hijos, y arreglar los miserables harapos con que los cubria. Dos hijos mas vinieron, y hubo que refugiarse á una pieza menos grande; y siendo ya insuficiente el salario del padre para apaciguar el hambre de la familia, la madre buscó algunas ropas que lavar de las vecinas menos pobres que ella. Era un triste espectáculo que los muchachos mayores procuraban evitar, pasando el tiempo en la calle, en las escaleras y corredores, donde aprendieron bien pronto á pelearse y aporrearse mútuamente ó con otros muchachos de la vecindad. La miseria llegó á su punto; el padre la sufrió largo tiempo; pero al fin cedió á ella; se debilitó; se dió al vino, primero para apaciguar su hambre, despues para sofocar el sentimiento de sus males. La muger luchó mas largo tiempo, redobló sus esfuerzos y su valor, trabajó noche y dia, y consiguió impedir que su familia muriese de hambre. Pero ah! faltó el trabajo.

Sobrevino el noveno hijo, y solo la caridad, la caridad de la miseria para una miseria aun mayor, impidió que toda la familia pereciese. Con todo, el carácter de la muger habia variado; las penas la habian agriado; la vista de su último hijo no servia mas que para recordarla que un peso nuevo se habia agregado á la miseria de su familia; los cuidados que le prodigaban eran faltando al trabajo, y por último su salud se resintió: tambien se dió á los licores fuertes para calmar sus penas. ¡El poco dinero que no bastaba para satisfacer el hambre, podia tambien proporcionar su olvido pasajero! Los frecuentes dolores y necesidad del último nacido se aliviaban del mismo modo. La infeliz criatura no habia visto desde su nacimiento una sonrisa; no habia tenido sino una única sensacion de placer, la de contemplar los rayos del sol que raras veces atravesaban el aposento.

El padre y la madre pasaban á menudo horas enteras, y á veces dias enteros, fuera de casa. ¿Cómo vivian entonces los hijos? Era un misterio para todos los que no estaban en igual posicion. No tenian comida diaria, ni se sentaban jamás para comer. Lo mismo que los perros y los lobos podian permanecer mucho tiempo en ayunas; como no trabajaban podian vivir muchos dias con el auxilio de la mas leve porcion de alimento, y estaban siempre dispuestos á mendigar ó á robar. Una sola sensacion les dominaba, y era el dolor del hambre. Esta idea absorbia todas las demas: durante los cortos intervalos de su sueño, soñaban en comer. Al despertarse pensaban en comer. Los mayores arrebataban á los menores todos los mendrugos que podian hallar; y estos devoraban en secreto su provision. Si la casualidad ponia á su vista una provision mas considerable que lo ordinario, era al momento devorada sin que los dolores de la indigestion pudiesen poner freno à la glotonería.

Las primeras sensaciones del último nacido fueron tristes y dolorosas. En el estío se dirigía trabajosamente hasta la miserable ventanilla del cuarto, mirando al cielo por entre los huecos que las chimeneas dejaban; pero cuando venia el invierno el pobre pequeñuelo gateaba tiritando entre los harapos que apenas le cubrian, quedando acurrucado en el hogar donde rara vez brillaba el fuego. Antes que fuese bastante fuerte para bajar la escalera y seguir á sus hermanos y hermanas en sus excursiones, la familia fue echada del cuarto que ocupaba, y fue recogida en una cueva por caridad.

Era la entrada del invierno, y la humedad del paraje vino bien pronto á causar una mudanza terrible en la posicion de la familia. Al cabo de una semana todos estaban atacados de una fiebre tifoidea. El padre, los dos mayores y el mas joven de los hijos fueron los únicos que la resistieron. El resto desapareció, arrebatada como las hojas por el cierzo del otoño.

Si el padre hubiese conservado algunos restos de su antigua virtud y de su fuerza de alma, todos hubieran podido ser de nuevo miembros útiles de la sociedad, pues las disposiciones del hijo mayor eran buenas y generosas antes de que le hubiese endurecido la miseria. Pero ya era demasiado tarde: la degradacion habia penetrado en la familia, y la inteligencia del hijo no sirvió mas que para hacerle un hábil ratero. Toda la familia se alimentaba con el botin que los dos hijos mayores podian acarrear. De tiempo en tiempo visitaron las cárceles; los magistrados les aconsejaron muchas veces mudasen de conducta. Sabiendo bien al mismo tiempo que era preciso que ellos robasen ó pereciesen de necesidad, vivieron convencidos de que su única ocupacion natural era el robo, y que los que les càstigaban por robar eran tiranos cuyo ùnico derecho estrivaba en la fuerza.

El corazon del mayor tenia necesidad de amar; todos sus afectos se dirigieron al mas pequeño, y este no tenia por su parte placer sino cuando veia la vuelta de su hermano. El padre murió pronto, y el hermano mayor llevó á su protegido á una morada mas sana. El segundo hermano desapareció sin que nadie pudiese dar razon de él; y el mas chico, que apenas tenia 7 años, se vió bien pronto privado de su único amigo, su ùnico apoyo, el único ser que le mostraba interés por una sentencia perpetua. Quedándose solo en el mundo, se hizo de muy temprano ladron: antes de cumplir ocho años ya conocia el régimen de las cárceles. Alli se formó muy luego: maltratado por el género humano, se volvió turbulento y feroz. A medida que su inteligencia crecia, su primera direccion le conducia al mal. No amaba á nadie, ni se fiaba de nadie. Solo hallaba placer en los goces sensuales, y su único deseo era satisfacerlos, complaciéndose en la disolucion. Su energía se dividia entre buscar medios para robar y disipar el beneficio que sacaba de sus robos.

Sabia muy bien que tarde ó temprano deberia satisfacer á la sociedad, pero procuraba alejar la época. Asi es que á los 23 años ya habia sido juzgado por felonía y sentenciado á deportacion. En la travesía se puso á la cabeza de un motin que hizo abortar la traicion de un complice; y al llegar á tierra, el castigo que le impusieron fue de tal naturaleza, que apagó en él todo sentimiento humano, si aun le quedaba.

Se escapó y se hizo gefe de una cuadrilla de ladrones. Sus manos se mancharon frecuentemente con sangre humana, y despues de una corta vida de horrores y de escenas repugnantes, fue muerto à balazos como una bestia salvaje por aquellos á quienes su ferocidad le hizo temible; y habia sido este ser un niño inocente y tímido.

(*G. de M.*)

PUERTO-RICO 31 DE ENERO DE 1837.

ESTADO

Que manifiesta el despacho de la Audiencia de Puerto-Rico en todo el año pasado de 1836.

Peticiones de todas clases.	1347
EXPEDIENTES CIVILES.	
Indiferentes.	250
De Acuerdo.	114
De Competencia.	6
Recursos de fuerza.	1
Total .	371
Expedientes criminales	793
PLEITOS CIVILES.	
Ordinarios	22
Ejecutivos	4
Interdictos	2
Total .	28
JUZGADOS A QUE PERTENECEN.	
Al de la Capital.	13
Aguada	1
Arecibo	4